

VACCEA 2012

ANUARIO



Universidad de Valladolid Facultad de Filosofía y Letras
Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg"

Núm. 6 junio 2013

www.pintiavacceas.es

6 €

Aportación
voluntaria

ARMAMENTO

PRODUCCIONES VACCEAS

3D Y REALIDAD AUMENTADA

ZONA ARQUEOLÓGICA PINTIA

LOS CÁNTABROS

NUESTROS ANCESTROS

TIEDRA

CIUDADES VACCEAS

PINTIA CAMPAÑA XXIII

EXCAVACIONES EN LAS RUEDAS

LA MEMORIA NO ESCRITA

ZONA ARQUEOLÓGICA PINTIA



PREMIOS VACCEA

Convocatoria

4ª Edición

2014

En el acto de entrega de los Premios Vaccea, en su tercera edición, que tuvo lugar, en el Aula Triste del Palacio de Santa Cruz de Valladolid, el 30 de noviembre del 2012, quedaron convocados los correspondientes a su cuarta edición, que tendrá lugar el año 2014. Podrán optar a los mismos, en sus distintas modalidades (vease www.pintiavaccea.es/novedades.php?idnot=36), cuantas instituciones, públicas o privadas, empresas o particulares se presenten o sean presentados, acompañando la documentación que les justifique como acreedores a los mismos; además se tendrán en cuenta las propuestas del jurado de la mencionada edición.

Cuantos deseen optar a los Premios Vaccea en su cuarta edición, en cualquiera de sus modalidades, habrán de dirigirse, acompañando la documentación pertinente, al Director del Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" (Departamento de Prehistoria, Arqueología Antropología Social y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid, Plaza del Campus Universitario s/n, 47011-Valladolid)

Esta convocatoria permanecerá abierta hasta el 31 de marzo de 2014.

**EDITA**

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" de la Universidad de Valladolid

DIRECTOR

Carlos Sanz Mínguez

COLABORADORES

Juan Manuel Carrascal Arranz

Carlos Jimeno Velasco

Luis A. Sanz Díez

Elvira Rodríguez Gutiérrez

ILUSTRACIONES

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y autores de los trabajos respectivos, salvo indicación expresa.

DISEÑO

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg"

MAQUETACIÓN

Eva Laguna Escudero

PORTADA

Contraluz de la escultura sobre el ritual céltico expositivo a los buitres ubicada en el cementerio de Las Ruedas de *Pintia*

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y PUBLICIDAD

Centro de Estudios Vacceos "Federico Wattenberg" y Asociación Cultural *Pintia*

IMPRESIÓN

Ochoa Impresores / 975 233 827

TIRADA

20.000 ejemplares

DEPÓSITO LEGAL: VA 596-2013

ISBN: 978-84-7359-723-4

- 01 **Excavaciones en Pintia.** Campaña XXIII de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)
- 02 **Nuestros ancestros.** Los Cántabros
- 03 **Ciudades vacceas.** Tiedra
- 04 **Producciones vacceas.** Metalistería. I. Armamento
- 05 ***Pintia* proyecto docente.** Programa Archaeospain
- 06 ***Pintia*.** La memoria no escrita
- 07 **Bestiario doméstico vacceo**
- 08 **Premios Vaccea 2012**
- 09 **3D y realidad aumentada para el Patrimonio de *Pintia***
- 10 **Entierros en el cielo:** Nuevos datos en el ámbito vacceo
- 11 **La otra mirada.** Ángel María de Pablos y Mauricio Herrero Jiménez
- 12 **Noticiero Vacceo**
- 13 **Humor Sansón**



PROYECTO PINTIA Equipo de investigación 2012

Director:

Carlos Sanz Mínguez, Profesor Titular de Prehistoria, Universidad de Valladolid

Codirectores Excavación Arqueológica:

Patricia Arroyo Arroyo
Manuel Crespo Díez

Coordinadora:

María Luisa García Mínguez, Presidenta de la Asociación Cultural Pintia

Becarios adscritos al Proyecto Pintia:

Daniel Morales
Álvaro Sanz García

Personal contratado:

Francisca Maldonado Requena
Luis Pascual Repiso

Colaboradores:

Asociación Cultural Pintia
Voluntariado pintiano

Diseño exposiciones:

Ignacio Represa Bermejo

Alumnos y participantes en la campaña de excavación XXIII:

Janee Becker
Emily Bischoff
Ashlynn Blackwell
Vitor Casimiro Costa
Pablo de Castro
Tita Costa
Ana Díez
Teresa Díez
Amy Chan
Amador García Rivas
Gabrielle González

Elvira Rodríguez Gutiérrez
Hannah Hathaway
Catherine Havey
Burkett Huey
Melida Isem
Sarh Livesey
Ana Nadais
Adriana Padilla Navarro
Jessica Pearson
Ana Ramos
Graça Ramos

José Ramos
María Laura Ramos
Claudia G. Rubio
Magdalena Rzepecka
Marita Setas Ferro
Zoe Spencer
Grant Thurston
Anna Tiner
Desiree Valadares
Héctor Vielva Diego
Hanna Antonie Wigen

los Cántabros



Cantabria en el siglo I, a partir de los datos de Estrabón, Mela Tolomeo y algunos epígrafes, según A. Oejo (2009) modificado. Fibula de torrecilla, Monte Bernorio.

Actualmente el nombre de Cantabria alude a un ente político-administrativo, a una Comunidad Autónoma que tomó su nombre del pueblo prerromano que lo habitó. Los límites del pueblo histórico, sin embargo, exceden de los de la comunidad administrativa ya que ocupó parte de Asturias y del norte de las

actuales provincias de León, Palencia y Burgos, en la Comunidad de Castilla y León. Pero la mención a los cántabros nos lleva a pensar en un pueblo indómito, con mitología propia, que junto con los astures fue el último de Iberia en ser sometido por los ejércitos del emperador Octavio Augusto en el 19 a.C., según fecha oficial, y al que según Lucio Anneo Floro (II, 33, 46) dicho emperador obligó a bajar de las montañas al llano en el 25 a.C., tras la conquista del enclau-

ve de *Aracillum* que le permitió el paso desde la cuenca del Ebro a la costa.

El territorio ocupado por los pueblos cántabros quedó incluido dentro de la Hispania Citerior tras la primera división en provincias que realizó Roma para su organización. Al comienzo del gobierno de Augusto se englobó en la Citerior Tarraconense, dentro del Convento jurídico cluniense, mientras que los astures quedaron en el convento Asturicense, lo que algunos autores interpretan en el sentido de que los romanos les veían con una mayor afinidad a los celtiberos y otros que se trataba de separarlos de los astures. En época visigoda se retoma el nombre de Cantabria para delimitar un amplio territorio, cuya denominación permaneció.

Pese a todo, sus límites concretos en la Antigüedad no están claros. Esta imprecisión resulta algo sorprendente ya que se trata de uno de los pueblos más mencionados en las fuentes literarias latinas —que describen más aspectos etnográficos de ellos que de otros—. Los autores coetáneos a las “guerras cántabras” ya las denominaron así, *Bellum Cantabricum*, aunque incluyesen a los astures, y es de suponer que los ejércitos romanos debían tener claro contra quienes lucharon entre los años 29 y 13 a.C. Hay otras “Cantabrias” en la península; se localizan: una en tierras leonesas, en el valle medio del Esla y otra es una sierra en La Rioja alavesa, en territorio berón, posiblemente la que ha creado mayores confusiones en la historiografía ya desde el siglo XVI.

Sus fronteras y sus pueblos se extraen de las fuentes literarias, la epigrafía y la toponimia, aunque en las dos últimas décadas Ramírez Sádaba y otros han venido cuestionando y corrigiendo interpretaciones que se habían deducido a través de las lecturas historiográficas. Al norte tendrían el *Océano* (Mar Cantábrico). En el occidente la frontera con los astures estaría, según Estrabón (*Geografía* III.4, 20), en un “estero del Océano” cerca de la astur Noiga y el río Melso, por lo que se sitúa en la cuenca del Sella y su curso alto, en la divisoria entre los ríos Esla y Porma (su afluente), incluyendo al pueblo vadiniense, aunque Tolomeo (*Geografía* II, 6.6) incluía la población costera de Noiga entre los cántabros. Hacia el Sur, tras la línea de contacto entre la Cordillera cantábrica y la Cuenca de Duero, estarían los vacceos y turmógos, extendiéndose por las cuencas altas entre los ríos Esla y Ubierna, incluyendo el curso superior del Pisuergra y del Ebro. Al sureste estarían las parameras de Sedano y las llanadas de la zona de Villarcayo, y al Este, separados por los valles del Asón o del Agüera, según autores, estarían los austrigones.

Los cántabros orientales tienen en ocasiones un tratamiento independiente en las fuentes latinas, y entre ellos estarían pueblos como los cántabros coniscos, que según

Estrabón eran vecinos de los berones y por lo tanto estarían separados de los cántabros occidentales, pero que las lecturas de distintas fuentes hace que no todos los estudiosos estén de acuerdo sobre cuál era su solar. En suma, los cántabros habitaron una zona geográfica con aguas a tres vertientes, el Duero, el Ebro y el mar Cantábrico, con pasos accesibles la mayor parte del año que propiciarían las relaciones de sus gentes con el interior peninsular y el mar.

Los estudios arqueológicos indican sin embargo que la mayor concentración de yacimientos indígenas prerromanos o coetáneos a las luchas con los romanos se hallan en las fronteras con vacceos y turmógos con nombres sonoros en la bibliografía como Monte Bernorio y Monte Cildá en la provincia de Palencia, La Ulaña en la de Burgos o

Las Rabas (Celada Marlantes) y la Espina de Gallegos en la comunidad cántabra.

Antecedentes, los primeros castros

Algo similar ocurre con sus antecesores durante la primera Edad del Hierro, entre finales del siglo IX al V a.C., ya que también se documentan mayor número de poblados en la zona meridional, mientras que en la septentrional se conoce algún castro junto a la costa y ocupaciones en cuevas. En algunos de estos yacimientos hay una ocupación anterior en la Edad del Bronce, aunque no puede precisarse que haya una continuidad sin hiatos en el poblamiento.

Son yacimientos que muestran un alto grado de relación con los ocupados por los antecesores de los vacceos en la cuenca del Duero y de los berones en la del Ebro, en especial con los de tipo Soto de Medinilla. El poblamiento

ocupa elevaciones del terreno con control territorial, y se adaptan a la orografía levantando las viviendas en la parte alta y en las laderas. Aunque no todos tienen los mismos niveles de ocupación ni continuidad, podemos resumir que en un primer momento se rodean de una cerca de postes que luego se convierte en una muralla doble, a veces con foso. Las viviendas consisten en cabañas circulares, que llegan a los ocho metros de diámetro con paredes con zócalos de piedras, argamasa o adobe y levantadas con cañizos y manteado de barro, enlucidas al interior con pintura, con bancos corridos adosados a dicha pared interior. Junto a los hogares un hoyo indica la presencia de un poste del que colgaría el llar. Sus techos estarían realizados sobre un armazón de vigas, con una fuerte inclinación para favorecer la caída del agua de lluvia y nieve y cubiertos con escoba o paja de centeno.

Hay evidencias de actividades productivas en el interior de las viviendas gracias a la presencia de telares verticales de pesas colocados cerca de la puerta y las huellas de sus pilares, molinos de vaivén y vasos-hornos con



Puñal tipo Monte Bernorio y su vaina de Sasamón (Burgos). Foto Museo Arqueológico Nacional, A. Boyero Lirón MANCO00001400-ID001, inv.1958/45/4 y 5

restos de escoria de bronce y pequeños restos de fundición, y aunque sí se ha hallado algún pequeño útil de hierro, no está documentada su producción. Los restos de fauna indican actividades ganaderas ligadas fundamentalmente al vacuno y al porcino, y en menor medida al ovino (preponderante en cambio en etapas anteriores), así como de caza por la presencia de restos de cérvidos, entre otros. La agricultura también se documenta con la presencia de cereales como el trigo y la escanda, así como la recolección de bellota.

Uno de los ejemplos más conocidos de este momento es el castro de los Baraones (Valdegama, Palencia), situado en el área meridional dentro de los límites propuestos en la cuenca del Lucio; un yacimiento con un núcleo ocupado en el Calcolítico y en Cogotas I y que durante el Hierro I ocupa de forma dispersa más de 10 ha, documentándose al menos cinco niveles de superposición en algunas de las áreas, en la ladera, pero con restos de ocupación también al pie de los farallones calizos desde donde se ve al norte, en la otra vertiente del valle, Monte Bernorio, uno de los más conocidos castros de la Cantabria meridional que participó en las guerras cántabras. En su entorno otros yacimientos con ocupación en el Hierro I son en Cantabria, Torrecilla (San Cristóbal del Monte); en la provincia de Palencia citamos La Peña del Santo (Lomilla), La Copa en Recuera o el castro de Néstar. En la provincia de Burgos otro yacimiento muy conocido es La Ulaña

(Humada), donde se data esta primera fase hasta el 400 a.C.

En la comunidad de Cantabria, además del ya citado, entre los yacimientos estudiados destacan el de La Campana en Argüeso-Fontibre, cerca de la cabecera del río Ebro, y los castros que en las dos últimas décadas se están documentando en la vertiente norte en valles a la costa cantábrica, que durante siglos se habían considerado prácticamente inexistentes, como Castilnegro (Liérganes-Medio Cuyero) en Peña Cabarga y, el más conocido, El Alto de La Garma en Omoño, junto a la costa.

Desconocemos la forma de enterramiento de estas gentes ya que no se han hallado necrópolis, aunque sí algunos depósitos sepulcrales que continuaban la tradición de enterrarse en cuevas, especialmente en la mitad oriental en la costa y en los valles del Miera y el Asón, precisamente en lugares donde apenas se conoce la existencia de castros, como los de las cuevas de Cofiar o de los Trillos (Soba) y la de Covarón (Mortesante). En líneas generales se presupone que aunque no haya constancia irían asimilando el rito de la incineración.

Castros, *Oppida* y Cuevas

Los yacimientos que se adscriben a la segunda Edad del Hierro, algunos continuación de los anteriores, otros cercanos, son los que entraron en contacto con los romanos y los que

pasaron a la historia debido a que su defensa fue narrada en latín, entre otros, por Tito Livio en su *Historia de Roma* (aunque perdida gran parte de la dedicada a las guerras cántabras), por L.A. Floro, en *Epítome de la Historia de Roma desde su fundación* y por P. Orosio, en *Historiae Adversus Paganos* y, también en griego, en la *Historia de Roma* de Dion Casio. Identificar de forma inequívoca los topónimos o lugares citados en esas fuentes con la documentación arqueológica no siempre es sencillo y un mismo punto puede haber tenido varias asignaciones a lo largo de los siglos, como ejemplo Monte Bernorio se ha identificado con Vellica y con Moraica y como pueblo berón, velegiense o moroicano.

Se trata en general de grandes castros, que por su ubicación, tamaño y entorno desempeñarían el papel de un *oppidum* centralizador del entorno, como los ya citados de La Ulaña y Monte Bernorio o la Espina del Gállego (Corvera de Toranzo, Arenas de Iguña y Anievas). Cerca de ellos se documentan campamentos romanos augusteos y, sobre ellos y en el entorno, enclaves romanos posteriores.

Son yacimientos en altura que, tras años de abandono o desconocimiento, en las dos últimas décadas han sido el centro de proyectos de estudios aprobados por las comunidades autónomas de Castilla y León y Cantabria que engloban el final de la Edad del Hierro y las guerras cántabras. En líneas generales son castros con potentes murallas defensivas que pueden tener doble e incluso triple línea de murallas, formadas por dos muros de piedra seca rellenos de piedras, foso, rampas, puertas en esviaje, portillos, y que pueden suplementar una línea de muralla con una empalizada sobre ella. Las viviendas pueden ser de planta circular o rectangular, con zócalos de piedra, con plantas diáfanas o compartimentadas y techumbres de paja a una o dos vertientes sustentadas con postes. Brevemente repasamos los principales.

Posiblemente el mayor *oppidum* en la Cantabria meridional es La Ulaña, situado separando las aguas del río Odra, que van a la vertiente atlántica, y las del Tozo, que van a la vertiente mediterránea a través del Rudrón y el Ebro. Excavado por el equipo dirigido por Miguel Cisneros Cunchillos, es un gran castro de 586 ha, 285 de ellas en la plataforma superior, ocupado entre

Vista del Castro de los Baraones (Valdegama, Palencia) y detalle de la superposición de viviendas circulares y muralla. Fotos M. Barril (1991)





Vista del *oppidum* de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) desde la parte alta de Los Baraones; foso y muralla oeste y vista desde Monte Bernorio hacia Castillejo (Pomar de Valdivia, Palencia). Fotos M. Barril (1999)

la primera Edad del Hierro y el 400 a.C. y luego en la segunda Edad del Hierro, desde principios del siglo IV a.C. al I d.C. Sus excavadores calculan una media de 500 a 600 habitantes en su momento álgido, calculando una media de 4-5 moradores por vivienda. Las prospecciones aprecian una ocupación dispersa, con agrupaciones de viviendas de planta circular o rectangular en zonas, dejando espacios sin construcciones entre ellas que separan y sirven de comunicación entre los "barrios". Cabe destacar dos posibles edificios públicos cerca de las puertas. Las líneas defensivas de muralla se adaptan a la orografía del terreno y son más potentes en el lado norte, el

Puntas de lanza de la necrópolis de Monte Bernorio. Foto Museo de Palencia, J. Ayarza.



más vulnerable. Otra muralla cruzaba el castro transversalmente y una serie de muros delimitan zonas, algunas de las cuales protegerían los manantiales. Muy cerca está el castro de Amaya, en el que la presencia prerromana es muy poco significativa.

En la provincia de Palencia, Monte Bernorio es sin duda el yacimiento más conocido desde siglos atrás. Se trata de un *oppidum* situado en lugar de paso entre la cabecera del valle del Pisuega, en la cuenca izquierda del río Lucio, y la parte alta del Ebro en un enclave dominante que se interrelaciona con numerosos castros y promontorios con ocupación en la I o II Edad del Hierro. Las excavaciones llevadas a cabo en su núcleo, desde 2004, por el equipo dirigido por Jesús Torres-Martínez documentan un asentamiento desde el calcolítico, con una ocupación estable al menos desde el siglo IX o VII hasta el I a.C. en que fue conquistado por los romanos. Una vez destruido el *oppidum* se instaló en el mismo lugar una fortificación romana de larga duración. Aunque el área arqueológica real es más amplia, la plataforma oval superior ocupa unas 28 ha, en una superficie de 700 por 400 m. San Valero ya documentó una vivienda circular bajo la muralla y los nuevos trabajos confirman ese tipo de estructura habitacional, así como otras de planta cuadrangular más recientes. Consta de una fuerte muralla

con tres puertas y un recinto interior, en la acrópolis, que aunque los restos actuales parecen ya romanos tuvo una etapa anterior.

Otro castro destacable en la provincia de Palencia es Monte Cildá (Olleros de Pisuega), en el que las estructuras conservadas son ya del siglo I a.C. y llegan al V d.C., pero donde se hallan materiales más antiguos y procede de una tésera de hospitalidad en forma de manos cruzadas que alude a *Turiaso* (actual Tarazona, Zaragoza), que pese a su importancia resulta algo sospechosa por su alto contenido en zinc.

Otros son el Castro de la Loma (Santibáñez de la Peña), con varias murallas construidas en distintas fases, que estuvo ocupado entre los siglos III y I a.C., el del Cerro de la Maza (Merindad de Valdeporres), de murallas mal conservadas, una acrópolis interior con muralla y restos de viviendas rectangulares dispersas, o el de Peña Albilla (Monasterio)

En la Comunidad de Cantabria destaca un castro de menor tamaño, de 3,2 ha, pero que al parecer tuvo un papel decisivo durante las guerras cántabras. Es el de la Espina del Gallego, situado en la divisoria entre las cuencas del Pas y el Besaya, que controlaba el paso desde la cordillera a la costa. Ha sido identificado, tras su excavación por el equipo de Eduardo Peralta, como *Aracelum*, el castro que Cayo Antistio Vetus conquistó en el 25 a.C. y que antes se situaba en Aradillos, cerca de Rei-

Puñales de la necrópolis y cabaña de Monte Bernorio, excavaciones de San Valero. Foto Museo de Palencia, J. Ayarza.





Útiles hallados en la cabaña que San Valero excavó bajo la muralla E del recinto interior de Monte Bernorio. Foto Museo de Palencia, J. Ayarza.

nosa. El conjunto del castro tiene forma triangular con tres líneas defensivas y entre las dos últimas murallas estructuras de habitación de planta rectangular y circular, de incierta datación, y entre ellas una estructura de piedra con planta rectangular, semihípocea, construida con boques ciclópeos y un falsa cúpula creada por aproximación de hiladas, que por su singularidad se le supone un uso social o cultural de cronología incierta. Los materiales prerromanos datan la ocupación indígena en torno al siglo II a.C.

Uno de los conocidos por haber sido excavado entre los años de 1968, 1969 y 1986 es el castro de las Rabas (Celada Marlantes- Cervatos), un yacimiento del que se conocen sus estructuras defensivas consistentes en dos líneas de murallas y posiblemente una tercera con piedras hincadas; y plantas de cabañas circulares hechas de adobe con suelo de arenisca. Es el castro del que procede el mayor número de materiales arqueológicos cántabros, datados entre el siglo IV y el I a.C., entre los que destacan la variedad de cerámicas y fíbulas, y de donde procede la otra tésera de hospitalidad cántabra conocida, ésta anepígrafa y en forma de oso.

El enclave de Monte Ornedo (Valdeolea), con las cimas de Ornedo y Santa Marina, es un yacimiento ya conocido por Schulten, pero que solo gracias a las nuevas excavaciones se está valorando como yacimiento prerromano y luego campamento romano.

Más al norte de Cantabria mencionaremos Las Lleras en San Felices de Buelna, Llán de la Peña de Dobarganes y Cueto del Agua en Cieza- Iguña. Los ya citados castros de Castilnegro y de La Garma tienen su continuidad en este periodo destacando sus recintos fortificados. También en la costa sobresale el Castillo (Prellezo, Val de San Vicente), fuertemente defendido.

El castro de Peña Sámano, en Sámano junto a Castro Urdiales, se considera ya perteneciente a los autrigones.

En el límite con los astures se situaría el castro de Caravia (Asturias) y en tierras leonesas destacamos el de La Canalina (Morgovejo).

Aunque tradicionalmente se ha especulado con la posibilidad de que las cuevas fuesen lugares de habitación en

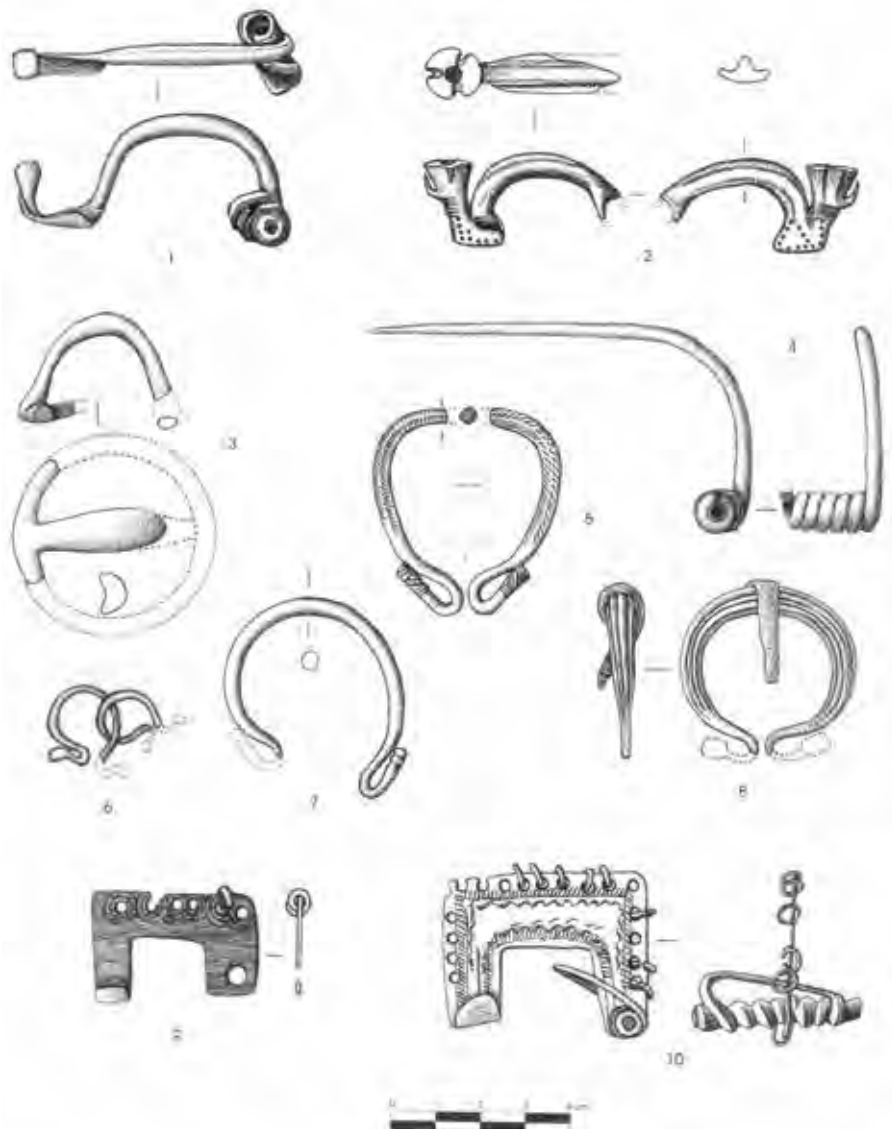
las zonas donde no se hallan castros, y que ello sería típico de una economía pastoril, no está constatada su ocupación en ellas durante este período más que de forma esporádica.

Los materiales hallados en estos yacimientos, herramientas, herrajes, armas y objetos de indumentaria, permiten deducir cómo y de qué vivían. Por ejemplo, la presencia de molinos barquiformes y circulares de piedra, las rejas de arado, podaderas, cortadoras de paja, hachas, etc. de hierro, permiten deducir que practicaban la agricultura, la recolección y la tala de árboles; las tijeras de esquila, los restos de fauna de ovicápridos, suidos y vacuno, que también practicaban una economía pastoril. Los distintos tipos de fíbulas, broches de cinturón, colgantes y otros adornos

Fíbulas indígenas y romanas halladas en castros tomados por los romanos:

1. De pie vuelto; 2. De torrecilla; 3. Anular hispánica; 4. Aguja y muelle; 5-6. Omegas; 9-10. Zoomorfas geométrizadas.

- 2 y 9. Castro de La Loma (Santibañez de la Peña, Palencia); 1, 3, 4 y 5. Foso del castro de La Loma; 7, 8 y 10. Campamento de La Muela (Sotoscuevas, Burgos). Dibujo A. Serna en Peralta (2007).



Campamentos romanos y guerras cántabras

En el año 29 a.C. Roma decidió emprender acciones contra los cántabros que al parecer se rebelaban y animaban a otros pueblos vecinos a hacerlo, por lo que tras pacificar a los vacceos, se decidieron a la conquista definitiva de toda la península para lo que el propio Octavio vino en el 26 a.C., conquista que oficialmente se da por concluida en el 19 a.C. aunque todavía durante varios años hubo conflictos.

El primero en iniciar la rebelión, el más enérgico y pertinaz fue el de los cántabros, que, no contentos con defender su libertad, pretendían incluso imponer su dominio a sus vecinos y hostigaban con frecuentes incursiones a los vacceos, turmogos y autrigones
Floro II, 33. 47-48

En los últimos años y, desde que a finales de la década de 1990 Eduardo Peralta comenzase a estudiar los yacimientos cántabros y los campamentos romanos asociados, se ha desarrollado una auténtica arqueología de las guerras cántabras que ha dado como resultado que se estén declarando Bienes de Interés Cultural, no solo a un yacimiento, sino a todo el conjunto arqueológico que incluye el castro indígena y los campamentos o *castra maiores* y *minus* desde donde fue atacado o se le asocian.

realizados en bronce, alguno pequeño en oro, nos llevan a imaginarnos unos personajes con un gusto por el adorno personal e incluso la ostentación que posiblemente no estaría al alcance de todos, y esa existencia de una elite la refuerzan los *signa equitum* de Monte Bernorio o Monte Ornedo. Las elaboradas decoraciones de las armas, en particular de los puñales, decorados con damasquinados de plata y cobre sobre hierro, y la terminación con magnetita de sus puntas de lanza en forma de llama, unida a las herramientas y adornos ya mencionados, nos indican que disponían de una avanzada tecnología para el trabajo del metal, pues aunque la dispersión de algunos objetos nos lleva a hablar de intercambios culturales y/o comerciales con el medio y alto Duero y el alto Ebro, otros modelos parecen locales.

Útiles como la mencionada cortadora de paja confirman el empleo de materias vegetales para enseres, que podían ser cestos, o para preparar las techumbres o su reparación; otra muestra de artesanía sobre materias orgánicas es la realización de punzones y mangos de útiles de hueso o asta.

A todo esto añadiremos los materiales cerámicos, entre ellos recipientes realizados a mano, de cocción reductora, con decoraciones de incisiones y apliques de aspecto antiguo, sobre todo en las necrópolis, que pudieron convivir con cerámicas a torno de pastas claras con decoración pintada en tonos terrosos con motivos de bandas,

cruces gamadas y círculos concéntricos emparentados con los que se hallan en territorios celtibéricos, algo similar a lo que ocurre en yacimientos vacceos.

La presencia de téseras es de gran interés al manifestar la existencia de la institución del *hospitium*, documentada entre celtiberos y vacceos, también entre los cántabros meridionales y en relación con ellos, dado que los pactos de hospitalidad solían realizarse para facilitar el movimiento de ganados y de mercancías en lugares con derecho de paso. De confirmarse la autenticidad de la tésera de Monte Cildá indicaría su relación con *Turiaso*, ciudad celtibera situada en el valle medio del Ebro, muy cerca de la cabecera del Duero, lugar de acuñación de muchas de las monedas indígenas halladas en los castros cántabros.

El conjunto de los materiales documentados parecen confirmar algunas descripciones de carácter etnológico de los escritores antiguos como Estrabón (III, 4, 17-18) que hacen referencia a que comían bellotas, o bebían *caelia* (cerveza), pero otras como el trabajo de la agricultura por las mujeres, la práctica de la covada o la entrega de dote por los esposos a las mujeres no es posible comprobarla, aunque sí puede suponerse que si los varones estaban guerrearando o trasladando los ganados las mujeres cultivarían las huertas y terrenos del entorno, como ha sucedido en las poblaciones pastoriles de la montaña hasta la época preindustrial.

Mapa de las guerras cántabras según A. Morillo (2009).





Vista de los emplazamiento del *oppidum* de Monte Bernorio y del campamento romano (*castrum aestivum*) de Castillojo, con la propuesta de la zona probable de batalla campal y del ataque al *oppidum* (imagen de Google Earth modificada por A. Martínez y J.F. Torres-Martínez. IMBEAC, en Torres-Martínez, Serna Gancedo y Domínguez-Solera, 2011).

En todos los yacimientos cántabros asediados se construyó luego un barracón o un castillete donde se instalaría una guarnición romana y se hallan abundantes restos militares romanos y en alguno como Monte Bernorio, se documenta lo que piensan sus excavadores eran los barracones donde se alojaban las mujeres que seguían a los legionarios. La mayoría de los campamentos de este momento eran *castra aestiva*, es decir campamentos temporales consistentes en una muralla defensiva con foso y en

su interior tiendas de cuero sujetas con clavijas. En estas líneas nos limitaremos a citar únicamente unos ejemplos del fenómeno.

El primer conjunto es el que comprende La Espina del Gallego, que fue asediado desde varios campamentos, el *castra maiora* de Cildá (municipios de Corvera y Arena, donde estaba el puesto de mando y se dirigió el asedio, el *castra minora* de El Cantón (Arenas de Iguña y Molledo) y el campamento de Las Cercas, en la divisoria entre las

cuenas del Pas y el Besaya (municipios de San Felices de Buelna y Puente Viego). Luego en el castro se levantó un barracón romano de 100 metros de longitud por cinco de anchura. El ataque al enclave habría partido desde *Segisamo* (Sasamón, Burgos), en un principio dirigido por el propio Octavio Augusto que enfermó y tuvo que retirarse. El objetivo era llegar desde el Ebro a la costa norte y facilitar la comunicación por mar. De hecho a la conquista contribuiría el que la flota venida desde Aquitania atracase en *Portus Victoriae* (Santander).

Otro caso documentado es el de Monte Bernorio. Los romanos levantaron el *castra maiore* en El Castillojo (Pomar de Valdivia) hacia el sureste del *oppidum*, que muestra sus estructuras defensivas destruidas en la zona sur y, por los restos de hachas, lanzas y otros materiales hallados en el valle entre ambas elevaciones, se libró una batalla en campo abierto. Una vez tomado Monte Bernorio, sobre las ruinas prerromanas los romanos levantaron un castillete que hasta su reciente excavación se pensaba indígena, permaneciendo en el lugar varias décadas.

El castro de la Loma en Santibáñez de la Peña, fue arrasado e incendiado, atacado desde el norte, por las puntas de flecha y los *pila catapultaria* halladas en ese sector y el elevado número de tachuelas de sandalias romanas recuperadas. Quedó allí una guarnición romana que procedería del campamento ubicado en una loma doscientos metros hacia el NE, donde se levantaron dos castilletes, y donde además de infantería hubo alguna unidad de caballería.

Por su parte La Ulaña parece que fue abandonado, y quizás se situó una guarnición romana en su extremo occidental. Los romanos sí estuvieron ocupando Peña Amaya militarmente durante las guerras cántabras y levantaron luego un asentamiento urbano estable.

As (bronce) de Augusto para las Guerras Cántabras, de ceca indeterminada en el Noroeste. Hacia 27-23 a.C.

Denario (plata) de Publio Carisio conmemorando las Guerras Cántabras de *Augusta Emerita* (Mérida, Badajoz). Hacia 25-23 a.C. Fotos Museo Arqueológico Nacional, M. Á. Camón 1993_67_12170-ID003 y 1993_67_13193-ID003



Religiosidad y cultos

La religiosidad acostumbra a tener dos vertientes básicas: la dedicada a los difuntos y que se manifiesta en la creencia en el paso al Más Allá a través de los ritos de enterramiento y se percibe en las necrópolis, y los cultos de los vivos destinados a alabar, agradecer, pedir ayuda o apaciguar a las divinidades.

Los datos conocidos y deducidos proceden de las informaciones de los historiadores antiguos y de la pervivencia de las características indígenas unas veces independientes, otras asociadas a formas de la religión romana en un fenómeno de sincretismo con apariencia romana de la que la epigrafía votiva y funeraria son un excelente ejemplo.

Necrópolis y depósitos sepulcrales

Los restos de necrópolis en el territorio cántabro asociados a los castros son muy escasos, aunque sí se ha documentado que practicaban el rito funerario de la incineración, para lo cual cremaban a los difuntos y depositaban sus restos en hoyos, junto a armas u otros elementos de ajuar y se cubrían con un pequeño túmulo.

A finales del siglo XIX Romualdo Moro excavó la necrópolis de Monte Bernorio, y San Valero, en el XX, también algunas tumbas. Desde el principio la novedad en el diseño de algunos de los materiales allí hallados hizo que algunos tipos de lanzas y puñales tomasen del lugar su nombre identificativo en la bibliografía científica. Después de los años transcurridos sigue siendo la necrópolis de incineración de este tipo más septentrional, datada entre los siglos IV y III a.C.

Pero eso no significa que no haya incineraciones más al norte, pues estas se documentan en el interior de cuevas, siendo de gran interés el hallazgo en el abrigo del Puyo (Miera, Cantabria) de lo que unos consideran una necrópolis tumular de incineración, con materiales del III a.C. y otros depósitos, ya que en el interior del túmulo excavado había varias hogueras, carbones, cerámica, restos cremados de fauna y solo una falange como resto humano, por lo que otros autores sugieren que se tratase a la vez del lugar donde se cremó al difunto y se realizó el banquete y otros que tuviesen relación con rituales de sacrificio. Otra variante del ritual funerario

de incineración en cueva se constata en La Callejonda (Tarribera), Rascavieja (La Vega Matienzo) o en Cofresnedo (Ruesga, Matienzo), cuevas de larga ocupación durante la prehistoria como lugar de enterramiento y donde en este momento se depositan las incineraciones en los mismos lugares que durante la Edad del Bronce o antes se habían depositado las inhumaciones, en las entradas o bien en galerías, gateras y divertículos, por lo que a veces los restos aparecen mezclados y ha dado lugar a distintas interpretaciones, ya que hay múltiples variantes en la deposición de los huesos humanos incinerados. En Cofresnedo, aunque con dudas, se data la incineración más antigua en el V a.C., y hasta el III a.C. las urnas contienen restos de huesos calcinados, de madera, posiblemente de la pira y ajuar, destacando el de un guerrero compuesto por una hoja de un puñal de tipo Monte Bernorio y un tahalí, un hacha, puntas de flecha y lanza, cuentas de pasta vítrea y hueso, entre otros objetos. En el caso del ajuar del guerrero también se ha planteado que no se tratase tanto de un enterramiento como de un depósito en un lugar donde ir a realizar un culto a los difuntos.

Cultos a divinidades

Por sus raíces indoeuropeas, textos como el de Estrabón, que se refiere a un dios innominado al que se danza las noches de luna, con culto entre los habitantes del norte de Hispania, y las tradiciones locales a lo largo de los siglos, se deduce que, muy probablemente, realizarían cultos a las divinidades al aire libre en bosques con robles o tejos y en montañas emblemáticas, habiéndose propuesto que lo fueron el Monte Terena (Orbo, Palencia) nombre relacionado con el dios Taranis ('dios padre' en el panteón celta, identificado con Júpiter), o Pico Dobra (Torrelavega, Cantabria), donde se halló un ara romana del siglo II (concretamente del 131 d.C.) dedicada al dios *Erudino*, que manifiesta la continuidad de un culto indígena en la propia montaña, sin construcciones visibles. La epigrafía latina es una fuente de información sobre la pervivencia de cultos indígenas en época romana y nombres de divinidades, y este caso sirve como ejemplo.

Se desarrollarían rituales de culto a las aguas que podían ser salutíferas, junto a los manantiales o al nacimiento de ríos como el Ebro o el Carrión, no en

vano se sabe que en el del primero, en las Fuentes del Ebro (Fontibre), al menos desde la Edad Media se adornaba con cintas, y que en el segundo, conocido como Fuentes Tamáricas (Velilla de Río Carrión), autores como Tolomeo y Plinio explicaban que según fuese su caudal de agua se practicaban augurios en época prerromana, teniendo un gran culto en época romana. Los depósitos votivos de elementos metálicos en zonas de aguas, cruces de caminos o lugares mágicos eran rituales practicados durante toda la Edad del Bronce que continuaron en la religiosidad cántabra, como la presencia del caldero de bronce de Cabárceno hallado en una grieta de una explotación minera de hierro, considerado un depósito de un objeto de uso en rituales, los depósitos encontrados en cuevas como la de Reyes (Matienzo) o Coventosa (Arredondo), donde se hallaron útiles de hierro equiparable al conocido navarro de Echauri, o en la cueva del Aspío (Ruesga) donde se documentan tres depósitos variados, uno de ellos con útiles de madera relacionados con la actividad textil.

Otros aspectos de los rituales son las ceremonias y sacrificios, y según Estrabón (III, 3,7) *"Todos los habitantes de la montaña (del norte de Hispania) Se alimentan sobre todo de carne de macho cabrío y sacrifican a Ares un*

Ara votiva dedicada por Cantaber de los Elguismicos a Marte Magno, hallada en Collado Villalba (Madrid), Foto Museo Arqueológico Nacional, inv. 16503.





Dibujos de la parte superior e inferior de la estela de Zurita (Cantabria) según A. Ocejo (2012).



macho cabrío, prisioneros y también caballos; y hacen hecatombes de cada especie al modo griego, tal como dice Píndaro "de todo sacrifican en número de cien". En este conocido texto Estrabón hace referencia a los sacrificios a un dios al que da nombre en griego y posiblemente se identificaría con *Teutates*, un dios protector de los guerreros y de la estirpe o familia, y al que se asimilaría con el romano Marte y, como ejemplo, el ara dedicada a Marte Magno por *Cantaber*, de la tribu de los Elguismios, hallada en las cercanías de Madrid, en Collado Villalba (hasta hace poco se creía que lo fue en El Escorial) y que presenta además un creciente lunar en el centro y dos árboles en los laterales, que refieren a cultos a la luna y al árbol de la vida, una temática muy relacionada con la documentada en las grandes estelas discoideas halladas en territorio cántabro posiblemente datadas entre fines del siglo I a.C. y el siglo I d.C.

Estas grandes estelas discoideas estaban ubicadas en puntos destacados y de gran visibilidad en el paisaje, en algunos de los cuales se establecieron

luego ermitas. Se relacionan con cultos a divinidades astrales por los motivos cruciformes, lunares y de radios en giro que en ellas se representan. En algunas, como la de San Vicente de Toranzo, se representan jinetes blandiendo lanzas y tal vez rayos, que recuerdan a las representaciones de monedas indígenas y que diversos autores identifican con el mito hispano-celta según el cual un jinete (mezcla entre guerrero y sacerdote/druida) recibe del cielo una lanza de plata, personaje que en la celtiberia se encarna en Olíndico, o tal vez con una divinidad. Otra estela discooidal, la de Zurita de Piélagos, presenta el interés de mostrar en el reverso una cruz formada por cuartos crecientes y en el anverso dos escenas. La inferior muestra un personaje tumbado al que se considera muerto y un ave identificado como un buitre; esta escena se ha relacionado con aquellas que se explican siguiendo la narración de Silio Itálico (*Punicas*, 3, 340-343) donde describe la exposición de los guerreros muertos en combate para ser comidos por los buitres y así ascender a los cielos, como en alguna

cerámica numantina. La escena superior muestra un caballo con una figura sobre él, y delante dos personajes. Su erosión hace que donde unos intuyen un jinete, otros visualizan un buitre sobre la grupa del animal, tema con paralelos galos, por lo que su interpretación iconográfica varía y una reciente teoría razona que se representa la conducción al sacrificio del caballo llevado por los dos personajes cubiertos con capa, lo que nos lleva al texto citado de Estrabón y a la discusión sobre la existencia o no de un estamento sacerdotal. En cualquier caso la temática de estas estelas, que no parecen ser señalizadoras de tumbas, y su ubicación se relacionan con cultos a divinidades relacionadas con cultos astrales y de paso al Más Allá.

Leyendas y héroes o insensatos

La participación de los cántabros como guerreros mercenarios al servicio de entidades mediterráneas al menos desde el siglo III a.C. o como protagonistas de las suyas en defensa de su independencia está atestiguada por algunos escritores de la antigüedad. Sus relatos, muchas veces leídos con mente crítica, hace que se dude de su total veracidad y que por ello se consideren más legendarios que históricos.

Uno de estos episodios es el que narra Silio Itálico (*Punicas* 16,46-65) sobre el cántabro Laro, al parecer un coloso física y estratégicamente hablando, que luchó en el bando cartaginés durante la 2ª Guerra Púnica. Tenía como armas una hacha de doble filo y su propia corpulencia y fuerza, que sabía usar dependiendo de dónde le llegase el ataque y que, según el poeta, le servían para que él en solitario colmara el campo de batalla de cadáveres, aunque finalmente, moriría también tras conseguir Escipión amputarle la mano con la espada.

El interés del texto, además de proporcionarnos un antropónimo cántabro de posible origen celta, informa de las armas que usaba y la descripción de la lucha cuerpo a cuerpo de un solo guerrero cántabro contra varios atacantes y que murió en combate a manos de un general romano, que ve engrandecida su victoria ante las características del cántabro.

Otro personaje que ha entrado en la leyenda y ha sido objeto de debates científicos e historiográficos es Corocotta, dudándose de si era realmente

cántabro e incluso hispano. Un motivo es que solo lo cita Dion Casio (155-230 d. C.), y no durante su narración de las guerras cántabras (*Historia romana*, libros LIII y LIV), sino durante las exequias de Octavio Augusto para manifestar la clemencia y magnanimidad del emperador fallecido (libro LVI, 43, 3), dándose la circunstancia de que Dion Casio copió mucho de Tito Livio, de cuya *Historia de Roma* se perdieron partes de las guerras cántabras. Otro motivo es que el nombre de Corocotta para unos autores tiene raíces africanas e incluso haría referencia a un mote relacionado con la hiena, mientras que para otros autores tiene raíces claramente identificadas en el norte y occidente peninsular y podría hacer mención a la coraza que vestía y que además se está relatando en un momento dedicado al emperador y las guerras en *Hispania*.

El hecho es que Dion Casio designa a Corocotta como un bandido por el que Octavio Augusto ofrece doscientos cincuenta mil sestercios, un alto precio que el propio Corocotta acudiría a recoger siendo recibido por el propio emperador, lo que hace suponer que en realidad se trataba de un jefe militar y que realizaron un pacto a cumplir, lo que el historiador remarca pues en el recuerdo están otros pactos realizados durante las guerras en *Hispania* que los representantes de Roma no cumplieron (como ejemplo el de Lúculo con *Cauca*). El pacto se realizaría durante una de los dos visitas de Octavio a *Hispania* y parece más probable que fuese durante la primera, hacia el 26 a.C.

Otros hechos narrados por las fuentes antiguas, que entran dentro de la leyenda pero que son frecuentes a muchos pueblos, son los que hacen mención a su comportamiento ante la esclavitud o el castigo de muerte a consecuencia de una derrota; así, los descritos por Estrabón (III, 4. 17 y 18), quien como ejemplos de la barbarie de los pueblos del norte de Iberia explica que durante las guerras cántabras unas madres dieron muerte a sus hijos para que no fuesen capturados, cómo un niño cogió un arma y mató a su padre y hermanos encadenados a ordenes de su padre, o cuando una mujer hizo lo mismo con los que habían sido capturados con ella, pero a Estrabón le parecía el colmo del salvajismo que cantasen himnos de victoria estando crucificados.

En esta línea de acciones a la desesperada puede entenderse la na-

rrada por Dion Casio (LIV, 11,1), según la cual entre los años 20 y 19 a.C., cuando Augusto creía ya pacificados a los cántabros, los que habían sido vendidos como esclavos escaparon matando a sus amos y se levantaron en su territorio fortificándose, por lo que el emperador envió a Agrippa quien, antes, tuvo que enfrentarse a sus propios legionarios para que obedeciesen por el temor y cansancio ante los cántabros que luchaban a muerte, hasta que finalmente fueron exterminados todos los que estaban en edad militar y a los demás les obligó a bajar de los montes al llano.

Son historias que reflejan la dureza de las guerras cántabras y algunas actitudes de sus participantes que pueden interpretarse de heroísmo o de locura o insensatez ante lo inevitable, según las descripciones y en cualquier caso, la entrada de los cántabros en el imperio romano.

Historia, Arqueología, Cultura y Ocio

Los cántabros no son actualmente solo el nombre de un pueblo prerromano a estudiar sino que es objeto de un entramado cultural, de ocio y festivo que puede beneficiar a su investigación pero que también corre el peligro de banalización y de que haga pensar que ya lo sabemos todo sobre ellos.

Los cántabros fueron objeto de estudios históricos durante siglos hasta que Romualdo Moro, por encargo del marqués de Comillas, excavó en Monte Bernorio en 1890, proporcionando datos y materiales arqueológicos que

acercaban los pobladores antiguos a los contemporáneos del excavador. Ya en la primera parte del siglo XX los estudios de Schulten en busca de campamentos romanos despertaron por breve tiempo el interés por Roma y la guerra cántabra. Después de la Guerra Civil, el uso de algunos yacimientos como Monte Bernorio hizo que se retomase el estudio de los cántabros desde el punto de vista indígena, excavándose éste y algún otro yacimiento conocido, como Las Rabas o Monte Cildá, durante unos pocos años distribuidos a lo largo de las décadas de 1940 a 1970. Y, no será hasta la segunda mitad de la década de 1990 cuando se retome con fuerza el estudio de los cántabros con distintos enfoques y desde distintos centros, en el ambiente de trabajos desde el punto de vista paleoetnológico iniciados por toda España en esta década.

La Universidad de Cantabria y Caja Cantabria relanzaron los estudios ya iniciados gracias a la exposición sobre los cántabros realizada en 1999, y desde ella se proyectaron estudios históricos, toponímicos y arqueológicos, dirigidos por los Dres. Iglesias, Ramírez Sádaba o Cisneros Cunchillos.

Para poder desarrollar campañas integrales de investigación, excavación, prospección y de visión general de los castros, *oppida* y campamentos romanos, se han creado en Cantabria y en Castilla y León, institutos con participación pública de universidades, comunidades y ayuntamientos para gestionar los proyectos: el Instituto de Estudios Prerromanos y de la Antigüedad (IEPAC) y el Instituto Monte Bernorio de Estu-

<http://www.guerrascantabras.net/imgs/Galerias/concursoXI/2.jpg>





Cartel de Guerras Cántabras de 2011 en Los Corrales de Buelna, Cantabria.

dios de la Antigüedad del Cantábrico (IMBEAC), respectivamente.

Otro enfoque sobre el estudio de los cántabros y su forma de vida fueron los proyectos de Arqueología experimental para certificar datos empíricos sobre la viabilidad de las formas de construcción, agricultura, artesanía etc. de los pobladores de la I y II Edad del Hierro, y que fueron desarrollados por empeño personal de Ángel Ocejo y su equipo, con apoyos diversos, primero en Argüeso y luego en Cabezón de la Sal. En el primero su enfoque novedoso en el momento consistía en que, a la vez que se realizaba la investigación y la experimentación sobre la construcción de cabañas y la adquisición y tratamientos de los materiales para hacerlo, se animaba a la participación del público mediante talleres y estancias, habiéndose convertido, ya en otras manos, en un lugar de visita y recreación que no ha perdido sus orígenes; mientras que el segundo creado ya en un entorno más administrativo, y también con la finalidad de facilitar al público que lo desee realizar talleres, nació con la finalidad de exaltar al pueblo cántabro y sus costumbres. Lugares que, lamentablemente, ya sin una supervisión científica no mantienen la adecuación de los modelos cerámicos o de armas y enseres que se dañan o desaparecen con el uso a la época que representan.

También en un ambiente inicial de búsqueda experimental y recreación de las armas y modos de lucha de cántabros y romanos deben entenderse las primeras exhibiciones de las guerras

cántabras que en el Día de Cantabria se celebraban en Cabezón de la Sal y que ahora la Asociación de las Guerras Cántabras (AGUECAN) representa en otros lugares, entre ellos en Los Corrales de Buelna, donde “la fiesta de las guerras cántabras” ha sido declarada de interés turístico nacional y regional de Cantabria en 2008. Unas actividades que, como se ha visto en otras áreas peninsulares, parecen necesarias para que el público desee conocer más sobre los pueblos prerromanos que ocuparon antes que ellos el territorio en que viven y favorecer así que ese interés social permita que, mediante financiación pública o privada, puedan desarrollarse los trabajos de investigación para conocerlos mejor con datos contrastados y para que se comprenda la necesidad de declarar los yacimientos y conjuntos arqueológicos Bienes de Interés Cultural para su protección, ya que en ocasiones el mayor conocimiento de un sitio aliena a los furtivos que, con afán coleccionista, destruyen la información que se obtendría de las mismas piezas tras una excavación o prospección científica.

Bibliografía

- AJA SÁNCHEZ, J.R.; CISNEROS CUNCHILLOS, M. y RAMÍREZ SÁDABA, J.L. (ed-lit.) (2008): *Los cántabros en la Antigüedad. La historia frente al mito*. Santander. Universidad de Cantabria.
- BARRIL, M. (1995): “El Castro de los Baraones (Valdegama. Palencia): un poblado en el Alto Valle del Pisuerga” *III Simposio sobre los celtíberos (Daroca, octubre de 1991)*. Zaragoza: págs. 399-408.
- BOHIGAS, R. (1986-87): “La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la cuestión” *Zephyrus*, XXXIX-XL, págs. 119-128
- ESTRABÓN (2007): *Geografía de Iberia*, trad. de Gómez Espelosín; presentación, notas y comentarios de G. Cruz Andreotti, M.V García Quintela y J. Gómez Espelosín. Madrid: Alianza Editorial.
- FLÓREZ, E. (1877): *La Cantabria*. 3ª ed. (1ª en 1768) Madrid: Imprenta José Rodríguez.
- FRAILE, M.A. (1990): *Historia social y económica de Cantabria hasta el siglo X*. Santander.
- GARCÍA GUINEA, M. A. GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J.A. (1966): *Excavaciones en Monte Cildá Olleros de Pisuerga Palencia*. Excavaciones Arqueológicas 61. Madrid.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1997): *Los cántabros*. Santander: Estudio.
- IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. (coord.), (1999): *Cántabros. La génesis de un pueblo*. Santander: Comisión del centenario de Caja Cantabria.
- IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. (eds.) (1999): *Regio Cantabrorum*, Santander: Caja Cantabria.
- OCEJO HERRERO, A. (2009): *Augusto y Corocotta*. Santander.
- OCEJO, A.; BOLADO, R.; GUTIÉRREZ, E.; HIERRO, J.A. y CABRIA, J.C. , (2012): *Cántabros. origen de un pueblo*. Santander: Asociación para la Defensa de los Intereses de Cantabria (ADIC) con la colaboración de la Consejería de Cultura.
- PERALTA LABRADOR, E. (2000): *Los cántabros antes de Roma*, Bibliotheca Archaeologica Hispana 4, Real Academia de la Historia, Madrid.
- (2007): “Equipamiento militar romano de la antigua Cantabria” *Sautuola XIII*, págs. 493-511.
- PERALTA, E.J. y OCEJO, A. (1996): “El poblamiento de la Edad del Hierro en el sector central cantábrico”, *La Arqueología de los Cántabros, Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Fundación Marcelino Botín, Santander, págs.21-63.
- PEREDA SAIZ, E. (1999): “El Alto de La Garma: un castro de la Edad del Hierro en el bajo Miera”, en IGLESIAS GIL, J.M. y MUÑIZ CASTRO, J.A. eds., *Regio Cantabrorum*, Caja Cantabria, Santander, pp.63-77.
- SAN VALERO APARISI, J. (1966): “*Monte Bernorio. Aguilar de Campoo (Palencia)*. Excavaciones Arqueológicas en España 44. Madrid.
- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F.J. (dir.) (1981): *Cántabros, astures y galaicos. Bimilenario de la conquista del norte de Hispania*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SERNA, A.; VALLE, M.A. y MUÑOZ, E. (1996): “Poblados de la Edad del Hierro en el área costera de Cantabria”, *La Arqueología de los Cántabros. Actas de la Primera Reunión sobre la Edad del Hierro en Cantabria*, Fundación Marcelino Botín, Santander, pp.83-93.
- SERNA GANCEDO, M.L., MARTÍNEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ ACEBO, V. (coord.) (2010): *Castros y Castra en Cantabria. Fortificaciones desde los orígenes de la Edad del Hierro a las guerras con Roma*. Santander: Acanto y Consejería de Cultura y Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria. Edición digital en http://www.federacionacanto.org/publicaciones/libros/castros_y_castra_en_cantabria.pdf.
- TORRES-MARTÍNEZ, J.F., SERNA GANCEDO, A. y DOMÍNGUEZ-SOLERA, S.D. (2011): “El ataque y destrucción del oppidum de Monte Bernorio (Villarén, Palencia) y el establecimiento del castellum romano”, *Habis*, 42, págs. 122-127. Consultado en <http://montebornorio.files.wordpress.com/2012/04/ataque-y-destruccion-de-monte-bernorio-torres-martinez-et-al-2011-habis-42.pdf>

Magdalena Barril Vicente
Museo Arqueológico Nacional